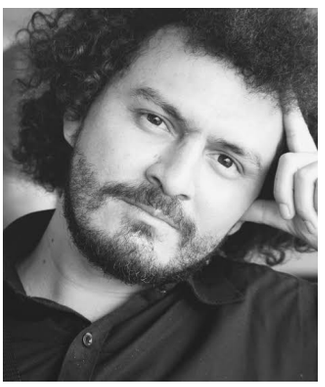
SUBURBANO

DE BOLSILLO

Nº 05



Hugo Fontana · Sebastián Arce · Carlos Gámez · Joserra Ortiz

Literatura · Crónicas · Ensayos

Volver a las palabras

Un escritor de policiales que hace del absurdo una forma de mirar Miami. Una crepa de caramelo salado que abre un recuerdo doloroso. Un detective que cruza la frontera entre investigar y delinquir. Un libro que encuentra en la escritura una manera de resistir.

Este quinto número recupera una lectura de Hugo Fontana y la reúne con Sebastián Arce, Carlos Gámez y Joserra Ortiz. Cuatro formas de volver a las palabras para reconocer lo que duele, lo que insiste y lo que todavía nos sorprende. Recordamos a Fontana a través de su trabajo: su mirada crítica sigue encontrando lectores en estas páginas.

Cuatro lecturas

Literatura y crónica: cuatro formas de volver.

01 LITERATURA

Descubriendo a Charles Willeford 4

Hugo Fontana

02 CRÓNICA

Caramel salé 6

Sebastián Arce

03 CRÓNICA

Secuestro de lujo 8

Carlos Gámez

04 LITERATURA

Resistencia de Alejandra Soria: morir de tristeza o escribir. 9

Joserra Ortiz

LITERATURA

Descubriendo a Charles Willeford

Hugo Fontana

21 de julio de 2021



El misterio de la dentadura postiza

“

Solo diga la verdad y lo acusarán de escribir humor negro

”, sostuvo alguna vez Charles Willeford, autor de una larga lista de títulos en la que supo combinar el género policial, la literatura regional y la literatura a secas. Willeford había nacido en Little Rock, Arkansas, en 1919, y falleció de un ataque al corazón en 1988 en Miami, cuatro años después de haber publicado **Miami Blues** (1984), novela protagonizada por el detective Hoke Moseley que tuvo un éxito inmediato, fue llevada al cine con la actuación de Alec Baldwin y lo obligó a abrir una saga con otros tres títulos.

La tuberculosis había matado a su padre en 1922 y a su madre en 1927. Willeford, con ocho años, pasó a vivir con una de sus abuelas en un barrio de Los Angeles, de donde huyó cinco años más tarde, en plena Gran Depresión, subiéndose a un tren y convirtiéndose en una suerte de vagabundo. A los dieciséis deambuló durante meses por la frontera con México hasta que se alistó en el Ejército mintiendo sobre su edad. Estuvo dos años en Filipinas conduciendo camiones de bomberos, luego revistó en la caballería estacionada en el Presidio de Monterey, California, y poco después fue enviado a Europa, interviniendo en la sangrienta batalla de las Ardenas y ganando varias condecoraciones por su valentía en combate. Terminada la guerra, fue destinado a Japón, donde condujo un programa de radio para una de las emisoras del Ejército estadounidense, hasta que finalmente abandonó filas para irse a Perú. Intentó, sin ningún título previo, cursar un posgrado de historia del arte en la Universidad de Bellas Artes de Lima, de donde fue expulsado. Volvió a su país y se alistó en la Fuerza Aérea, permaneciendo en sus filas desde 1949 a 1952.

Y al modo de un James Salter o un J.D. Salinger, entre cuarteles y peligrosos destinos, comenzó a publicar una obra compleja, variopinta e irregular. En 1948 publicó un libro de poesía, *Proletarian Laughter*, y en 1953 dio a conocer su primera novela, *The High Priest of California*. Meses después, y durante dos años, volvió a la Fuerza Aérea, siendo destinado a Palm Beach, Florida, estado en el que pasaría el resto de su vida y donde obtendría un máster en Literatura Inglesa en la Universidad de Miami, transformándose luego en docente y ejerciendo la crítica literaria en diversos medios, entre ellos el *Miami Herald*.

Robando al viejo pintor

En 1962 Willeford publicó la novela **Gallo de pelea** (editorial Sajalin, Barcelona, 2016), la historia de Frank Mansfield, un treintañero que ha hecho un voto de silencio que solo romperá si obtiene el título de “Gallero del año”. Su aventura trascurre en los estados del Sur, Florida, Georgia y Alabama, donde se lleva a cabo un famoso torneo de riña de gallos en el que se persigue prestigio y dinero de apuestas. La novela es casi un manual de entrenamiento para los interesados en tan controvertida actividad, que aún se sigue practicando en casi todo nuestro continente: páginas de descripciones y consejos mixturadas con algún que otro escarceo sentimental de Mansfield, construida en lenguaje llano y calmo que, contra lo previsible, no aburren en momento alguno, incluso teniendo en cuenta lo obvio del desenlace. **Gallo de pelea** (*Cockfighter*) fue llevada al cine más de una década después con dirección de Monte Hellman y actuación protagónica de Warren Oates.

Nueve años es lo que también demoró Willeford en publicar su siguiente título, que algunos críticos

consideran su novela más lograda, *The Burnt Orange Heresy* (algo así como "La herejía de la naranja quemada"), traducida al castellano por la editorial RBA bajo el anodino título de **Una obra maestra** (julio 2020) y también llevada al cine recientemente, con las actuaciones de Claes Bang, Donald Sutherland y Mick Jagger. Un prestigioso crítico de arte recibe una propuesta de un coleccionista: este tiene la manera de hacerlo llegar a Jacques Debierue, un enigmático, célebre y anciano artista plástico, e incluso de gestionarle una entrevista consagratoria, pero a cambio le pide que robe una obra del pintor. El libro, que permite a Willeford explayarse sobre diferentes escuelas y corrientes estéticas, va acercándose al género policial a medida que el oscuro pacto se afianza.

Las novelas *Pick-up* (1955), *The Black Mass of Brother Springer* (1958), *Lust Is a Woman* (1958) y *The Hombre from Sonora* (1971), además de libros de investigación, ensayos y memorias como *Something about a soldier*, *I Was Looking for a Street* y *Writing and Other Blood Sports* son algunos de los otros títulos que completan la bibliografía de Willeford.

Nuevos horizontes

Dos son los protagonistas centrales de **Miami Blues**: el detective Hoke Moseley, personaje extravagante y solitario, que se jacta de una perfecta dentadura postiza que le colocó en una sola jornada un dentista amigo, y Freddy Frenger Jr., un ratero menor que acaba de salir de una prisión de San Francisco, California, y viaja a Miami con varias tarjetas de crédito robadas, buscando nuevos horizontes para sus fechorías. Pero su llegada no es todo lo afortunada que hubiera deseado. Encarado por un hare krishna que pide limosna en el aeropuerto de Miami, Freddy le quiebra el dedo corazón y se marcha. Unas horas después el muchacho está muerto a causa del dolor y del estrés.

El absurdo no está indexado solo por este incidente fortuito, casi ridículo, sino que parece acompañar cada paso que Freddy y Hoke dan durante los pocos días en que se cruzan en la Miami de comienzos de los 80, recién invadida por los marielitos, inmersa en el tráfico de drogas y en todas las actividades ilegales que se puedan imaginar. Freddy se ennovia con Susan, sin saber que se trata de la hermana del joven hinduista, y se tropieza una y otra vez con Hoke, hasta que en un sorpresivo incidente le da una paliza, le roba la placa, la pistola y la dentadura postiza, que tira luego bajo uno de los tantos puentes que atraviesan la ciudad.

La construcción de la novela es estupenda y su estilo, cortante, sorprendente, es un homenaje a los notables Jim Thompson y David Goodis. No en vano Elmore Leonard, uno de los grandes maestros del *noir*, opinó que nadie podría escribir una novela policial mejor que Willeford, y Quentin Tarantino confesó que su película **Tiempos violentos** (*Pulp Fiction*) debe muchísimo a **Miami blues**. El éxito le llegó, pues, tardíamente al escritor, quien fue instado a mantener con vida a Moseley. En la segunda de las novelas, *Grimhaven*, el detective mata a sus dos hijas y a su exesposa, pero los editores se negaron a publicarla, por lo que Willeford la olvidaría y escribiría otras tres entregas: *New Hope for the Dead*, *Sideswipe* y *The Way We Die Now*. Ninguna de ellas ha sido traducida al castellano; es hora de esperarlas con avidez.

Miami Blues, de Charles Willeford, editorial RBA, Barcelona, 2019, 254 páginas. Traducción de Íñigo García Ureta

Publicado en Suburbano.net el 21 de julio de 2021. Leer la publicación original.

CRÓNICA

Caramel salé

Sebastián Arce

14 de julio de 2026



¿Qué sería de este mundo sin la violencia de los contrastes?

Como un bocado de memoria en tierra ajena, las palabras son las únicas capaces de transportarnos a través del placer migrante de masticar lo perdido. Hoy, por ejemplo, me invade esta sensación después de celebrar el día del padre con Anma y los suegros. Fuimos a comer crepas a Saint-Antoine-de-Tilly, un pueblo al sur del río San Lorenzo, apenas a media hora de la Ciudad de Quebec. Tanto sabor removió hasta el fondo el caldero de mi emoción.

El restaurante ostenta un nombre literario a más no poder: *Du côté de chez Swann*, el título con que arranca la magna obra de Marcel Proust, *El tiempo perdido*. Me chismea la IA que el poeta de la generación del 27, Pedro Salinas, fue el primero en traducir este libro al castellano, quizás la versión más conocida en esta lengua. Bien sabemos que los bardos no sobreviven sin sus licencias poéticas, así que Salinas no tradujo literalmente la novela, sino que se tomó sus libertades líricas y la nombró *El camino de Swann*. Hoy, con el francés que he aprendido a los puros golpes culturales, me doy cuenta de que la traducción debería ir por otro lado, más textualmente por "el lado de Swann"; pero me hago el loco y me sonrojo porque, en realidad, nunca logré terminarla: llegué hasta el aplaudidísimo episodio de las magdalenas remojadas en té del que tanto hablaban mis amigos de la Librería Netzahualcóyotl, allá en la Heredia de mi adolescencia que hoy más me parece un espejismo de la memoria, y me di por satisfecho y no quise transitar más aquellas páginas.

En fin, que me perdone la enorme Yolanda Oreamuno que puso en un pedestal al buen Proust, llamándolo su mayor maestro en el arte de explorar la psique humana. Y perdónenme ustedes por este paréntesis, más acorde a Agustín de Hipona, "que también fue liviano y pecador", como le cantara en un poema el chileno Gonzalo Rojas; pero quizás sea este tono confesional hacia el que se dirige esta crónica, este recuento de silenciosos naufragios que se fosilizan como alas de tristeza.

Vuelvo a la línea argumental: llegué con Anma y con mis suegros y me pedí una crepa exquisita de pato con arándanos rojos, acompañada de una cerveza IPA porque, como todo restaurante quebequense que se respete, también cuenta con su propia cervecería artesanal. Andaba bien preparado: le regalé al suegro una traducción al francés de *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda, ya que sé de sobra que ama leer biografías, y la pegué doble porque además es, sin discusión, el poeta latinoamericano más reconocido por estos lares, aunque más de una vez tenga que encogerme de hombros cuando me preguntan sobre su obra, no porque no la haya leído, sino porque apenas entraría por los pelos en mi *top ten* de poetas chilenos.

Poetas más, poetas menos, después de los regalos hubo tiempo de pedir el café. Como soy más grande por dentro que por fuera, me pedí un postre y seguí la recomendación de la suegra, que señaló en el menú la crepa de caramelo salado. No estaba muy convencido de aquella combinación, este tipo de contrastes gustativos desafían la zona de confort de mi paladar, pero toda duda se esfumó una vez el primer bocado se deshizo en mi lengua. La vida está hecha, he de creer, de encontrar el gozo en la ironía de los polos opuestos, pero cuando esta sabiduría no resulta tan evidente, ¿cómo distinguir la felicidad en las ausencias? ¿Cómo percibir el latido de la vida en lo desconocido que perece?

En la mañana hablé con mi padre para felicitarlo, aceptamos la distancia que nos separa y uno se convence de que el esfuerzo de migrar viene a

Caramel salé

cambio de algo mejor. Alejarse y perderse es el precio para encontrar estos tesoros insospechados de habitar en otra parte, como el aprender otra lengua o el amor que me trajo esta tarde a probar crepas dulces-saladas al borde del río San Lorenzo, aunque esta no es, en verdad, la orilla hacia la que mi remo quiere llevarlos en este río alborotado de palabras.

No me tumba la ausencia paterna en este día, sino mi propia paternidad fallida, aquella de la que, gustosamente he de confesar, renegué tantos años para entregarme a la vida de soltería, de poesía y de viajes que tanto disfruté; pero me doy cuenta de que guardé mucha ilusión cuando Anma vino por primera vez a decirme, el año pasado, que la prueba de embarazo daba positivo. Nos pusimos muy emocionados y nerviosos a la vez, mientras la semilla de una ilusión crecía a partir de dos gametos que se reunían en el viaje de la vida.

Sin embargo, bebé no prosperó: el cigoto no consiguió implantarse a la pared uterina y el proceso se detuvo nomás arrancando. En aquel momento, me resultó, quizás, un poco abrupta la pérdida o adopté una postura incólume sin tener la capacidad de meditarlo mucho o quise convencerme de que era mejor así, y más bien juzgué que debía estar ahí, fuerte (ese frágil mito del hombre) y empático, como si no me afectara el duelo, para apoyar a Anma ante este gris evento, pues ella sí que experimentaba en su propio cuerpo la partida.

Unos meses después, la segunda pérdida golpeó con estrépito: esta vez el cigoto sí logró la implantación uterina y el embrión empezó a formarse, pero desgraciadamente “frijolito” decidió detener su crecimiento por ahí de la cuarta o quinta semana y nos abandonó a la soledad de este mundo gobernado por plutócratas pedófilos y tecnócratas libertarios. Esas semanas, aunque cortas, experimentaba una alegría inmensa al escuchar “Vos sabés” de Los Fabulosos Cadillacs, pensando que podía cantarla teniendo el mismo alegre trasfondo del advenimiento. Les avisamos a los amigos de Anma durante una cena y a los suegros en una caminata por un parque; pero guardé la noticia como un secreto para mi familia, según mis cálculos para avisarles unas semanas más tarde del bebé que venía en camino, pero aún hoy es el momento en que no saben nada al respecto.

Hay un dolor indescriptible ante un suceso así. Descubrí que se le llama “duelo perinatal” a la pérdida durante la gestación y escuché algunos *podcasts* sobre grupos de hombres que afrontaban situaciones similares. Es bueno saber que no se está solo en el mundo, es un vacío difícil de explicar porque no se asocia al hombre con el duelo, siento más pertinente que nunca aquellos versos del poeta Yevgueni Yevtushenko en que decía que “La madre naturaleza ha menospreciado al hombre” y agregaba, con una ternura utópica, que “Si se agitara un niño/bajo su corazón, /acaso el hombre/sería menos cruel”.

Me hubiera gustado tener a bebé a esta altura del año sobre mi pecho, sentado sobre la mecedora al lado del balcón, desvelado por las madrugadas de cuido y realizado en mi atavismo cromosómico, por más pañales que hubiera que cambiar. Este sol de Julio nos calentaría a ambos por igual y los gatos nos rodearían mirándonos con su curiosidad infinita. Luciríamos como una postal moderna que hablara de un amor muy profundo que no se puede describir.

El río San Lorenzo en paralelo a la sinestesia de unas crepas dulces-saladas: al final eso también es una crónica, los violentos contrastes de un corazón que viaja como un barquito de papel sobre la ausencia.

Publicado en Suburbano.net el 14 de julio de 2026. Leer la publicación original.

CRÓNICA

Secuestro de lujo

Carlos Gámez

29 de mayo de 2026



Las crónicas criminales pocas veces tienen como protagonistas a empresarios, salvo cuando aparecen en calidad de víctimas. Pero el caso de Ramon Mateu fue diferente, aunque también estuvo ligado a la figura de un investigador privado muy peculiar.

Mateu, uno de los directivos de la empresa Mateu & Mateu, que llegó a convertirse en la mayor compañía de transportes de Europa, se dio a la fuga en 1980 para eludir las responsabilidades derivadas de una quiebra millonaria que dejó en la calle a numerosas familias y tras de sí a una larga lista de acreedores. Se refugió en Francia y se hospedó en un hotel de lujo de La Grande Motte.

Hasta allí fue a buscarlo el detective Jorge Colomar. Hoy es un conocido investigador privado que ha conducido documentales de no ficción sobre crímenes, como *Hechos reales*, tras ser contratado por una productora asociada a Telecinco. Su prestigio se sustenta en los numerosos casos en los que ha participado, entre ellos el de Mateu. Sin embargo, cuando emprendió el viaje hacia La Grande Motte, era apenas un exlegionario, piloto de avión y karateca que comenzaba a resolver sus primeros casos desde un pequeño despacho de la ronda General Mitre.

Corría septiembre de 1983 cuando un cliente contrató a Colomar para recuperar unos documentos comprometedores que Mateu guardaba durante su exilio dorado. El detective viajó a Francia acompañado de su colaborador más cercano, Miguel Morales, y de un guardia civil. Su intención era evaluar la situación y determinar la mejor estrategia. No lograron alcanzar su objetivo. Ni siquiera pudieron alojarse en el exclusivo hotel donde residía Mateu. Sin embargo, observaron que el empresario se movía por La Grande Motte con absoluta confianza.

Fue entonces cuando concibieron un plan alternativo: secuestrarlo.

En esta ocasión, además de Morales, Colomar contó con la ayuda de dos agentes de la Guardia Urbana de Barcelona que se encontraban fuera de servicio. El equipo se completó con un tercer investigador, Sergio San Celestino, una joven y un boxeador profesional apodado el Luchador. Para llevar a cabo la operación necesitaron desplazarse en dos vehículos.

Llegado el momento, frente a la puerta del hotel, el Luchador se encargó de introducir a Mateu por la fuerza en uno de los automóviles. Desde allí emprendieron el camino hacia la frontera, donde supuestamente la Guardia Civil debía esperar para proceder a su detención. Sin embargo, nadie apareció.

Ante la ausencia de las autoridades, los secuestradores continuaron su viaje hasta Barcelona. Mientras Colomar negociaba con un comisario de policía la entrega de Mateu a cambio de que los integrantes del grupo quedaran exentos de cargos, dos agentes que se encontraban de servicio se aproximaron al lugar donde ambos vehículos permanecían estacionados provisionalmente en Las Ramblas.

Fue entonces cuando Ramon Mateu se identificó ante los policías, pese a las protestas de aquellos improvisados compañeros de viaje con quienes había emprendido su particular regreso a Ítaca. Todos los integrantes del grupo fueron detenidos de inmediato.

Publicado en Suburbano.net el 29 de mayo de 2026. Leer la publicación original.

LITERATURA

Resistencia de Alejandra Soria: morir de tristeza o escribir.



Joserra Ortiz

28 de agosto de 2026

Soria, Alejandra. *Resistencia*. Adel Editores: España, 2026

Resistencia, de Alejandra Soria, es un libro testimonial que evidencia el interés contemporáneo por una literatura que oscila entre la autobiografía, el ensayo existencial y la arquitectura novelesca. Me ha dejado una impresión profunda porque la obra es, ante todo, la revelación de un dolor generacional compartido. El texto aborda, sin ataduras cronológicas y mediante constantes saltos espaciotemporales, la serie de adversidades a las que Soria logró sobreponerse para construirse en la mujer que es hoy, aunque apenas ofrezca detalles sobre su presente. Esto resulta acertado porque carece de importancia: no es un libro de superación personal. La comunión con el lector no radica en una promesa de armonía, sino en el reconocimiento de la universalidad del desastre. Los duelos existenciales planteados por la autora surgen de su propia vida y circunstancias, pero su prosa honesta y humana los vuelve materia común: la obra nos recuerda en cada capítulo que todos hemos perdido a alguien, cargado con un dolor o abandonado algo; que todos llegamos a la vida adulta por cuenta propia y con herramientas precarias, y que cada día estamos al borde de perderlo todo o de extraviarnos para siempre.

En este sentido, *Resistencia* es, al mismo tiempo, una obra de continuidad y de ruptura. Se inscribe en la larga tradición de la confesión literaria inaugurada por San Agustín, pero constituye también un testimonio ético y estético de nuestra época. En el siglo XXI, al menos para la generación milenial, el imperativo categórico ha sido existir en la plena consciencia de nuestras penas, traumas, dolores y faltas, bajo el deber puro de la responsabilidad y la resiliencia. El santo grial al que aspiramos es la paz mental, la tranquilidad de conciencia, la ausencia de sufrimiento y otras promesas del bienestar y la psicoterapia. Aceptar el dolor y abrazarlo para comprenderlo es el acto de rebeldía moral que articula la reflexión de *Resistencia*. Para conseguirlo, la obra establece una tensión genérica fértil que adapta el memorial al pulso dramático, al ritmo compositivo y a la densidad de caracterización propios de la novela. Solo este género permite una escritura ajena a la complacencia y a la conmiseración, pues la novela es el territorio de las derrotas quijotescas. Al mismo tiempo, en tanto confesión, Alejandra Soria rechaza la fabulación para sostenerse en la gravedad ineludible de la vivencia real. Lejos de menoscabar la veracidad del testimonio, este recurso formal intensifica la búsqueda de sentido ante el colapso de las certezas vitales.

Cuando nos enfrentamos a lecturas formalmente poco convencionales, como este libro, debemos evaluar si la disposición última del texto obedece a razones temáticas o ideológicas y, por lo tanto, potencia su sentido final. *Resistencia* se articula a través de la fragmentación, la hibridez, los saltos temporales, la multiplicidad genérica, los intertextos del padre de la autora (poeta y epistológrafo) y los silencios y vacíos que sostienen a las narrativas no lineales ni omniscientes. Esta pluralidad, lejos de resultar caótica, responde a la naturaleza de un espíritu que se desnuda para comprenderse. Nadie en crisis estructura el pensamiento como una concatenación lógica de causas y efectos, sino como una colección de fragmentos a la espera de ser restaurados. Aquí el sentido íntimo de *Resistencia*: en *La confesión: género literario y método*, María Zambrano sostiene que, ante la confusión y el desamparo existencial, la confesión se erige como el acto supremo que puede ejecutarse mediante la palabra. No constituye una simple exhibición de la intimidad ni un ejercicio de esteticismo, sino un método

agónico de transformación personal y reconstrucción ontológica.

El dinamismo del proceso confesional en el pensamiento zambraniano se despliega en *Resistencia* a través de una secuencia de estadios existenciales interconectados. Aunque el eje central del libro es la doble agonía que enfrenta Soria (su propio diagnóstico de cáncer y, en paralelo, el proceso de muerte de su padre o sus varias muertes, como reflexiona la obra), estos sucesos se revelan pronto como un palimpsesto que expone otros traumas acumulados a lo largo de su vida, tales como las relaciones sentimentales fallidas o el desencanto profesional en los estudios literarios. Al relatar estos episodios con una elegancia y mesura que eluden el alarmismo y la culpa, la autora experimenta una crisis profunda provocada por la fractura entre sus esquemas de pensamiento y la dureza de la realidad, lo que la sume en la dispersión y la pasividad. De esa inestabilidad brota la literatura: surge primero un impulso de huida provocado por la desesperanza, seguido de una búsqueda reflexiva de certezas que sostengan y aclaren la existencia. Como proceso compartido entre la escritura y la lectura, la obra transita por un «des-nacer» o un «entrar en realidad» hasta alcanzar la unidad interior en la figura del «corazón transparente», donde el pasado doloroso queda integrado en una nueva estructura de sentido.

Puede entenderse, entonces, que obras como *Resistencia* forman parte de un corpus antiguo y siempre vigente concebible como «literatura para la vida». Las narrativas que abordan con rigor memoriales sobre la muerte, la enfermedad y el fracaso, cuando se articulan como reflexiones hacia la supervivencia, operan como testimonios de restitución. En el ya clásico *The Wounded Storyteller*, el sociólogo Arthur Frank examina cómo las personas afectadas por enfermedades graves o traumas dejan de ser meros objetos del saber médico para convertirse en «narradores heridos». En la obra de Soria se percibe la conciencia de una trayectoria vital preconcebida, marcada profundamente por la figura y las ideas paternas, que la propia vida la obligó a desmontar. Entre relaciones fallidas, el ingreso a una secta, la disfuncionalidad familiar, la adicción, las huidas geográficas y, finalmente, la enfermedad y el duelo, la autora se desdibujó de sí misma y solo logró reconstruirse a través de dos actos creativos que le devolvieron la identidad: la escritura y la maternidad.

La lectura de este testimonio revela que la vida, al verse desbordada por el dolor, la impotencia, el colapso y el descontrol, funciona como una antinarrativa del desamparo: un relato que la sociedad suele rechazar porque evidencia la fragilidad de sus propias ficciones de seguridad, tal y como ilustra el libro mediante la indiferencia de la familia extendida ante el diagnóstico de la autora. Frente a ello, una obra como *Resistencia* encarna la «narrativa de búsqueda» que distingue Frank, la cual surge cuando el doliente asume la fractura de su estado previo como punto de partida para una transformación personal. Sin mitificar el dolor, la narradora convierte el padecimiento en una travesía de descubrimiento interior y testimonio ético. Como estamos ante un libro verdaderamente inteligente, esta perspectiva dialoga con la ontología de la pérdida formulada por Judith Butler en *Precarious Life*, donde se demuestra que el duelo y la muerte del otro revelan la naturaleza interdependiente de la existencia humana.

La pérdida del padre, la posibilidad de la muerte y el desmoronamiento de las expectativas románticas y profesionales despojan al individuo de sus ilusiones de autonomía e invulnerabilidad. El trabajo de duelo evidencia que el yo está expuesto al otro de manera irrenunciable; por ello, la reconstitución de la subjetividad no exige restaurar la vida anterior, sino aceptar la pérdida como fundamento de una responsabilidad ética compartida. Quien transita del caos a la búsqueda asume la condición de testigo: su voz desborda el ámbito privado para ofrecer una «pedagogía del sufrimiento» que enlaza la vulnerabilidad individual con la fragilidad constitutiva de la condición humana, confiriendo a la vivencia íntima un alcance político y comunitario.

Este es el acto de resistir y Alejandra Soria lo ha conquistado con creces.

Colaboradores

Hugo Fontana

Escritor, periodista y crítico literario uruguayo (1955-2022). Publicó poesía, cuentos, novelas e investigaciones. Entre sus libros figuran El crimen de Toledo, Veneno, La piel del otro y El noir suburbano. Recuperamos su colaboración en memoria de su obra y su mirada crítica.

Sebastián Arce

Sebastián Arce Oses (Heredia, Costa Rica). Poeta, narrador, investigador literario y traductor en el tiempo libre. Máster en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Costa Rica. Cursa el Doctorat en littérature d'expression espagnole en la Universidad Laval en Quebec, Canadá. Ha publicado los poemarios Emigrar hacia la Nada, Variantes de una herida y La grieta en el espejo, además de libro de cuentos Vértigo. Vive en Lévis y conoció la nieve en 2022.

Carlos Gámez

Carlos Gámez Pérez (Barcelona, 1969) es escritor y doctor en Estudios Románicos por la Universidad de Miami. Publicó Malas noticias desde la isla y el ensayo Las ciencias y las letras. Ganó el premio Cafè Món por Artefactos. Colabora con Suburbano y otras revistas literarias.

Joserra Ortiz

Joserra Ortiz es profesor de literatura, cultura y lengua materna en San Luis Potosí, México. Doctorado en Brown University (2012), actualmente dirige el colectivo de estudios e investigación independiente Cátedra Abierta. Su sitio es: www.joserraortiz.com

Fuentes y créditos

Suburbano de Bolsillo · Nº 05
Una selección de Suburbano.net. Noviembre de 2026.

Textos
Hugo Fontana, Sebastián Arce, Carlos Gámez, Joserra Ortiz. Cada pieza conserva su firma y fecha de publicación, e incluye un enlace al texto original.

Portada
Hugo Fontana: fotografía de Leonardo Mainé, archivo de El País de Uruguay. Sebastián Arce: retrato proporcionado para Suburbano de Bolsillo. Carlos Gámez: retrato de su ficha de autor en Katakana Editores. Joserra Ortiz: Diccionario de Escritores Potosinos.

Imágenes interiores
Archivo de las publicaciones originales en Suburbano.net y retratos acreditados arriba. Las imágenes se reproducen con fines editoriales.

Notas de edición
En memoria de Hugo Fontana, escritor, periodista y crítico literario uruguayo (1955-2022). Su artículo conserva la fecha y el contexto de su publicación original.

Lectura
Índice, textos íntegros y enlaces a la revista.

Seguir leyendo

suburbano.net